

# EL ATENEO.

PRECIOS POR TRIMESTRE,

2 pesetas 50 céntimos  
en toda España.  
Números sueltos, 50 céntos.

Se publica los días 15 y 30  
de cada mes.

REVISTA CIENTÍFICO-LITERARIA.

DIRECTOR, D. ENRIQUE SOLÁS.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Librería de Fando é Hijo,  
Comercio, 31,  
y en la portería del Casino.

La correspondencia se di-  
rigirá al Administrador,  
Cristo de la Luz, 22.

NÚM.º 14.

Toledo 30 de Octubre de 1878.

AÑO I. (2.ª época.)

EXTRACTO DE LA PRIMERA CONFERENCIA DEL SEGUNDO CURSO  
CELEBRADA EL DÍA 11 DE OCTUBRE DE 1878, POR EL DOCTOR  
D. PEDRO GALLARDO, SOBRE

## La cremacion de cadáveres.

Empezó el Sr. Gallardo declarando que habia dilatado tanto el cumplimiento de la obligacion, que en el curso anterior se impusiera, de dar una conferencia, por la dificultad de hallar tema digno de la atencion de sus ilustrados oyentes, y por la desconfianza que tiene en sus débiles fuerzas, y expuso luego el punto que habia de ser objeto de su discurso.

Para proceder con método principiarié trazando un ligero bosquejo histórico de los diferentes procedimientos seguidos hasta el dia para hacer desaparecer de nuestra vista los restos de nuestros semejantes—dijo.—En los tiempos pre-históricos, el descubrimiento y descripcion de la *gruta de Aurignac*, por Mr. Larlet, demuestra que en la edad de piedra eran depositados los cadáveres en grutas naturales que ofrecia el terreno, las cuales eran despues cerradas con tierra y piedras para librarlos de las fieras. Más tarde, en la época del rengífero, la misma choza que habia servido de morada en vida era destinada á sepultura del difunto á quien se colocaba en el hogar todavía caliente, cerrándola luego lo mejor posible y siendo abandonada por el resto de la familia que construia otras para sí.—En la época de la piedra pulimentada, que sigue en el orden cronológico, las sepulturas eran más perfectas: consistian en una piedra plana colocada sobre otras situadas verticalmente que servian de apoyo á aquélla; poníanse los cadáveres en el hueco que quedaba entre una y otras y despues se tapaban sus aberturas. Andando el tiempo, fueron perfeccionándose estas sepulturas llegando á tener dos y tres pisos, constituyendo lo que se ha designado con el nombre de *dólmenes* ó *monumentos druidicos* ó *célticos*. Todavía se perfeccionaron más en la edad del bronce en que siguió la misma costumbre de enterrar los muertos y en que

se descubren los primeros vestigios de la incineracion ó cremacion. Parece, en efecto, que hácia el segundo período de esta edad empezaron á quemarse los cadáveres en piras de leña levantadas al efecto, (siendo recogidas las cenizas en urnas de barro que eran enterradas juntamente con los objetos que el difunto habia usado en vida, como collares, cuchillos, hachas, espadas, etc. Al lado de las urnas unas veces, y otras en sitio separado, se colocaban los restos de osamentas que no habian podido reducirse á cenizas, pues haciéndose la incineracion con leña y al aire libre nunca podia ser completa, y quedaban intactas ó sólo carbonizadas muchas partes del esqueleto. Hácia la edad del hierro en su primer período se generalizó la quema de los cadáveres por el procedimiento que acabamos de indicar, pues en Hallstadt (Austria) se descubrió un vasto cementerio con más de mil tumbas que prueban esta manera de inhumar los cadáveres. Así lo ha demostrado Mr. Ramsaner en su obra titulada *Las tumbas de Hallstadt*.

Viniendo á los tiempos históricos, encontramos entre los Egipcios y algunos otros pueblos la costumbre de embalsamar los cadáveres ántes de enterrarlos, ya en las pirámides, ya en el desierto etc. Entre los griegos y romanos se empleaba indistintamente la incineracion sobre grandes piras, formadas en el campo con leña de árboles olorosos, y el enterramiento, siendo potestativo en las familias designar cuál de estas clases de inhumacion preferia. En Roma, una ley de las doce tablas, prohibia enterrar ó quemar ningun cadáver dentro del recinto de la ciudad. La incineracion era generalmente un honor que se tributaba á los grandes hombres: así, fueron sometidos á ella los restos mortales de Sila, Antonio, Julio César, Bruto, Pompeyo, Augusto, Neron, Caligula, Tiberio, Plinio, Tácito y otros. Entre los judíos la cremacion se estableció en tiempos de Saul y estaba reservada á los reyes que habian gobernado el pueblo con justicia.

Por último, para dar una idea de lo extendida

que estaba entre los pueblos antiguos la incineración, bastará añadir que hacían uso de ella los galos, los estónios y livonios, los turingios, los húngaros, los bohemios, los rusos, los escandinavos, los tracios, los ostrogodos, los suavos, los borgoñones, los bábaros, los longobardos, los francos, los fineses, etc. Aún en nuestros días la conservan algunas comarcas salvajes de Asia y Africa.

Estando tan generalizada la cremación ¿cuándo y cómo desapareció de Europa? Los primeros cristianos, queriendo imitar la conducta del Redentor y estando extendida durante el primer siglo de la Iglesia la idea de una próxima resurrección, establecieron la costumbre de enterrar los muertos: así, á medida que los pueblos iban convirtiéndose al cristianismo, abandonaban la incineración, la cual estaba sin embargo tan arraigada, que fué preciso un decreto de Carlo-Magno conminando á los contraventores con la pena de muerte para que fuese olvidada. De este modo desapareció de Europa en el siglo III de nuestra era.

La idea de la cremación ha resucitado en 1855, en que el Médico mayor prusiano Trusen, publicó un libro acerca del particular.

Desde entonces hasta 1873, entre otros muchos trabajos, se han publicado los siguientes:

1855.—Un artículo de Richter, de Dresde.

1857.—Una Memoria leída ante la Academia de ciencias y letras de Lombardía, por Coletti.

1866.—Escritos del mismo autor y del Doctor Giro.

1869.—Castiglioni propone la cuestión al Congreso médico internacional de Florencia.

1871.—Estudios sobre la cremación por Du Jardin.—Trabajos de Goffarelli y Borgiotti, de Florencia.

1872.—Polli expone sus experimentos ante el Instituto Lombardino.

1873.—Brunetti de Padua, presenta en la Exposición universal de Viena su folleto *De cadaverum crematione*, y el horno de su invención.

—Artículo notable del célebre químico inglés Sir Henry Thompson, que causó profunda sensación en los centros científicos de Europa.

Desde este año en adelante son innumerables los escritos que han visto la luz pública acerca de la cremación.

En 1874, Jorge Opdyke es incinerado en Filadelfia, Lady Dilke en Dresde, Alberto Keller en Milan; la municipalidad de Viena y Gratz autorizan la cremación; las de Leipsich y Dresde la establecen.

Por último en 1876, la municipalidad de Paris autoriza el establecimiento de esta costumbre.

Se ve pues que el hombre en todos los tiempos, guiado por un sentimiento de respeto, conmiseración y afecto hacia sus semejantes, ha dispuesto de sus restos mortales ora enterrándolos, ora incinerándolos, ora embalsamándolos. En último análisis, á estos tres pueden reducirse los procedimientos funerarios desde la antigüedad hasta nuestros días, aunque también pudiera mencionarse el que consiste en arrojar los cadáveres al agua, ya en ríos caudalosos como el Ganges, ya en el mar como se practica con los cadáveres de los navegantes que sucumben en alta mar.

¿Cuál de estos procedimientos es el preferible? Para esto veamos cuál es el que mejor se conforma con las leyes de la naturaleza.

Si dejamos un cadáver expuesto al aire en un bosque, por ejemplo, como es de suponer se hiciese en los primitivos tiempos, á las pocas horas entra en descomposición y en lugar de las fuerzas vitales que sobre él obraban, actúan infinidad de fuerzas físico-químicas que en más ó ménos tiempo, según el clima, la estación, la sequedad ó humedad del sitio, etc., le resuelven hasta hacerle desaparecer en dos grupos de sustancias, á saber: sustancias líquidas y gaseosas,—agua, amoníaco y ácido carbónico;—sustancias sólidas más ó ménos oxidadas—cal, hierro, fósforo, azufre y magnesia.—El primer grupo vuelve á la naturaleza por intermedio de la atmósfera, el segundo igualmente por el suelo en que queda depositado.

Si enterramos un cadáver se llega al mismo resultado, pero se retarda el proceso natural.

Si le embalsamamos sucede otro tanto, pero se retarda mucho más todavía (buena prueba de esto son las momias de Egipto); sin conseguirse jamás con él llenar su objeto principal que es la conservación de la forma del individuo que fallece.

Si le arrojamos al agua, el proceso se adelanta, pero nos exponemos á que sirva de pasto á los peces, lo cual siempre repugna á nuestros sentimientos, y además tiene otros graves inconvenientes.

Si lo sometemos á la cremación, el proceso natural se acelera y practicada con arreglo á los adelantos, no ofrece ningún inconveniente.

Y atendiendo á que el fin de la naturaleza es mantener el equilibrio entre la vida animal y la vegetal por la perpétua circulación y comercio de los átomos materiales, decía el Sr. Gallardo, y puesto que nuestros cuerpos han de volver á la naturaleza para cumplir su destino providencial

de dar la vida á otros seres, ¿no es mejor que vuelvan prontamente y como hijos solícitos al seno de su madre cariñosa, que no, cual réprobos, de mala voluntad? ¿Y en este concepto, no es preferible la cremacion al enterramiento y al embalsamamiento?

Pasó luégo á exponer los verdaderos y grandes inconvenientes que á la salubridad pública ofrece el enterramiento, ya porque el aire se inficione por el gran número de cadáveres enterrados en un espacio muy reducido, ya porque al cabo de ciertos años la tierra llega á saturarse de los gases procedentes de la putrefaccion y pierde su facultad absorbente; ya porque las aguas potables se inficionan con los miasmas cadavéricos, pues muchas corrientes subterráneas cuya procedencia se ignora, pasan por el subsuelo de los cementerios si no tienen en él su depósito principal; ya, en fin, porque con el ensanche de las poblaciones quedan los cementerios dentro del rádio habitado y al utilizar el terreno para construcciones, se desprenden miasmas que envenenan el aire. La historia de las epidemias ofrece numerosos ejemplos en apoyo de esta asercion. En Egipto se enterraban antiguamente los cadáveres en las faldas de las montañas que limitan la cuenca del Nilo, no verificándolo en las tierras fertilizadas por el rio. Miétras duró esta costumbre, el país fué muy sano y poblado; pero desde el siglo V en que cesó, apareció la primera peste que se declaró en aquel país, reduciendo á dos sus siete millones de habitantes, y asoló á toda Europa.

Igual causa ha reconocido esta calamidad procedente de Turquía, donde hay grandes extensiones de terreno destinadas á las inhumaciones cadavéricas en las comarcas próximas á la desembocadura del Eúfrates y el Tigris, preferidas para este objeto por el fanatismo musulman, por hallarse en ellas el sepulcro de Alí, sucesor del Profeta.

En la India, los cadáveres son arrojados á los rios caudalosos que al salirse de madre los dejan en descubierto; y sabido es que aquel país es la cuna del cólera morbo-asiático.

No es esto sólo. En Florencia y en un convento de servitas habia una cisterna que tomaba sus aguas de un cementerio inmediato; á los 40 años se desarrolló en él una terrible enfermedad que no tardó en extenderse al resto de la poblacion. Otra ciudad de Italia quedó despoblada tambien por recibir el agua de un depósito situado en el subsuelo de un campo santo. Al constituirse en Paris un mercado en el terreno donde habia estado el

cementerio de los Inocentes se declaró una epidemia de fiebres pútridas.

Otra razon tiene en su apoyo la cremacion. La imposibilidad, que no se tiene en el enterramiento, de ser enterrado vivo. Y en apoyo de ésto citó un hecho acaecido en la Catedral de Sigüenza donde una señora enterrada en estado de muerte aparente bajo la bóveda subterránea, fué encontrada fuera del ataúd y con claras muestras de haber muerto presa de la más terrible desesperacion. Aun dado caso de que la persona sometida á la cremacion no esté realmente muerta, lo quedará instantáneamente.

La cremacion obtiene el mismo resultado final que el enterramiento, pero no es tan repugnante. Despues de la cremacion, humo y cenizas; despues del enterramiento podredumbre, gusanos, gases fétidos que espantarian á las personas que más nos quisieran si llegasen á verlos. Con ella se hace imposible la profanacion de las tumbas ya por la codicia de los sepultureros ya por otras muchas causas.

Sir Henry Thompson, en el artículo ántes referido, que nos ha suministrado muchos materiales para la confeccion de este trabajo, examina la cuestion de la cremacion bajo el punto de vista económico y hace un cálculo muy curioso acerca de lo que podrian valer las sustancias sólidas de los individuos que fallecen en Inglaterra, si se les sometiese á la cremacion y se esparciesen las cenizas por los campos. Despues compara la cifra resultante de su cálculo con la gastada anualmente en aquel país en la compra de fosfatos y huesos con destino al abono de las tierras y dice que es un despilfarro enterrar los muertos desperdiciando sustancias sólidas de que aquel suelo está muy necesitado. No llegamos nosotros tan léjos: de buen grado podrian renunciarse todas las ganancias de la cremacion si los enterramientos no causasen los perjuicios que causan á la salud pública.

Bajo el punto de vista religioso nada hay que se oponga á la cremacion, que es susceptible de ser realizada prévias las mismas ceremonias religiosas que el enterramiento. En ninguna ocasion sientan mejor aquéllas frases de *pulvis erit et in pulverem reverteris*. La cremacion, haciendo desaparecer en forma gaseosa casi todo el cadáver, representa mejor el tipo de nueva y mejor vida, que no el acto de entregarle á la estrecha prision de la tumba.

La cremacion, sin embargo, como toda costumbre nueva, tiene que luchar con las preocupa-

ciones que han de ser el principal obstáculo para que se establezca y se adopte por la generalidad tal vez en muchos siglos.

Después de esto, empezó el orador á refutar algunas objeciones que los adversarios de la cremación aducen en contra de esta idea en nombre de la Medicina, de la Química, de la administración de justicia etc. No es cierto, dijo, que puedan faltar cadáveres para las disecciones de Anatomía normal y patológica, porque en el mismo caso nos pone el enterramiento; todo se reduciría á quemar en vez de enterrar los restos que han servido para aquellas operaciones. No es cierto que llegaría á faltar el amoníaco porque la putrefacción no es su principal origen, pues en su mayor parte existe en la atmósfera y procede de las materias esccrementicias de los animales y de la electricidad atmosférica que le forma directamente durante las tempestades por la combinación del hidrógeno, del agua y del aire. No tiene fuerza, en fin, la razón que dan algunos de que quemado un cadáver no podrían descubrirse muchos delitos mediante las exhumaciones judiciales; porque, prescindiendo de que es preferible que un criminal quede sin castigo á que la sociedad entera se halle expuesta á una epidemia, son contados los casos en que por la exhumación llega á descubrirse la existencia del delito que se persigue. El Dr. Tarchini de Milan, en 26 años de Médico forense, hizo 10 exhumaciones, de las cuales 6 no dieron resultado y las 4 restantes se referían á un mismo procesado que enterraba á sus víctimas después de asesinarlas y es claro que lo mismo hubiera podido descubrirse el delito establecida la cremación, porque seguramente el asesino no hubiera llevado los cadáveres para que los quemasen.

Probada de este modo la conveniencia de la cremación, pasó el Sr. Gallardo á explicar los medios de llevarla á cabo, con auxilio de una preciosa figura dibujada por el Sr. Grondona y trasladada á la pizarra por los Sres. Riva y Vera, á los que envió desde la Tribuna el testimonio de su más sincera gratitud.

Para que la incineración pudiera plantearse desde luego—dijo—era preciso hallar un procedimiento que estando por su coste al alcance de todas las fortunas no hiriese nuestros sentimientos. Después de muchos ensayos debidos á Polli, Brunetti, Thompson, Siemens, Reclam, Steinmann y otros, se ha resuelto el problema de una manera satisfactoria con los hornos de estos tres últimos señores, que, como todo lo humano, son todavía

susceptibles de adquirir mayor grado de perfección.

La figura que teneis á la vista representa el horno de los Sres. Siemens y Reclam, y aunque en rigor faltan en ella detalles de construcción que no son de mi competencia, sin embargo, creo que os podreis formar una idea aproximada de lo que es la cremación por el procedimiento de estos autores. Se ve en primer término una capilla que puede servir para las últimas ceremonias religiosas que se tributan al finado y para la colocación de las urnas cinerarias, que también pueden colocarse en un local inmediato mediante construcciones análogas á las de los nichos de los actuales cementerios. Llegado el cortejo fúnebre á la capilla se baja el cadáver á una habitación situada debajo de ella en la cual está la boca del horno cerrada herméticamente con una tapadera de hierro. Debajo de esta habitación hay otra para recoger las cenizas la cual presenta otra boca cerrada de igual modo.—Todo el aparato crematorio consta de tres partes: un generador, un regenerador y una cámara crematoria.—El generador es un horno que por medio de hulla forma gas del alumbrado que por conductos apropiados se pone en comunicación con el regenerador; éste es un departamento formado de ladrillos al cual llega una corriente de aire que se puede graduar á voluntad y que está en comunicación con la cámara crematoria: consta ésta de dos pisos; uno superior, con una rejilla sobre la que se coloca el cadáver, pasándole á ella por medio de un aparato mecánico desde la habitación ántes referida; y otro inferior al cual van las cenizas que pueden recogerse por la segunda boca. Hay además en la cámara crematoria, un conducto que lleva á una chimenea los productos de la combustión. Dispuesto así el aparato, fórmanse gas del alumbrado en el generador que llega caliente al regenerador y caldea los ladrillos que hay en él; cuando se han puesto á una temperatura elevada se abre la válvula que da paso á la corriente de aire, y dejando pasar la cantidad necesaria al ponerse en contacto con el gas del alumbrado le inflama pasando el calor que de este modo se desarrolla y la llama á la cámara crematoria, que adquiere así una temperatura suficiente para hacer arder el cadáver. Este no es introducido hasta que la cámara está caliente al rojo oscuro; se le conserva á esta temperatura por espacio de un cuarto de hora con el objeto de que pierda su humedad y se desequie; después se activa la combustión del gas para que arda y quede reducido á cenizas blancas, lo cual se consigue en cinco

cuartos de hora. Los gases, residuo de la combustion, han sido analizados por Schmitt, de Dresde, que ha encontrado en ellos vapor de agua, ácido carbónico, azoe y oxígeno excedente.

Con ésto dió por terminada su conferencia, y concluyó diciendo que la cremacion debe adoptarse porque es el procedimiento más en armonía con las leyes de la naturaleza; porque no causa perjuicio alguno á la salud pública, porque no ofende nuestros sentimientos tanto como la idea de la putrefaccion, que el enterramiento lleva tras sí; porque no expone á la profanacion nuestras sepulturas; porque tampoco nos expone al terrible trance de volver á la vida despues de enterrados; porque ningun precepto religioso se opone á ella, y porque, en fin, con todas estas ventajas no tiene en contra suya ningun inconveniente sério.

EXTRACTO DE LA CONFERENCIA DADA POR D. FEDERICO LATORRE  
EN LA NOCHE DEL DIA 18 DE OCTUBRE DE 1878, SOBRE:

### Reinado de Carlos V.

A la hora de costumbre empezó la conferencia de este dia despues de hacer constar el orador el respeto que profesa á todas las doctrinas por creer que persiguen la verdad, objetivo de todas las escuelas: comenzó su discurso citando la reconquista y el descubrimiento de América; acontecimientos que por lo importantes hicieron una revolucion en España, porque el primero coronaba los esfuerzos de siete siglos, y el segundo venia á demostrar lo erróneo de la Cosmografía, y abria al mundo antiguo un dilatado campo á que extender su civilizacion: pero el espíritu de la época, el temor á la ciencia ó el fanatismo religioso tan maltrecho por Colon, impelieron con más fuerza á los españoles por el camino de las armas con detrimento de los libros y el taller, únicos caminos que conducen al bienestar del mundo.

Hizo una ligera reseña del nacimiento, genealogía y primeros años de Carlos I, en los que el Cardenal Adriano Florencio y Mr. de Feures, trataban de atraerse al Príncipe que siguió más al que le halagaba con los ejercicios corpóreos, descuidando los intelectuales, con lo que se despertó en él la afición á las armas, dando principio su reinado en España con la sublevacion de Sicilia al saberse la muerte de D. Fernando V, ocurrida en 23 de Enero de 1516, despues de nombrar Gobernador del Reino á D. Fray Francisco Gimeñez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, que puso

un decidido empeño en continuar la represion contra la turbulencia de aquellos nobles que todo lo querian para sí, menospreciando á los reyes y maltratando al pueblo, del que ya se habia manifestado defensor y continuó siéndolo á pesar de haberle enviado Carlos desde Alemania á Adriano y Mr. de Laxao, de los cuales prescindió por perjudiciales á España y enemigos de su plan de gobierno; pero á poco de desembarcar en Villaviciosa y camino de Valladolid, escribió Carlos I al Cardenal una carta que le causó la muerte en 8 de Diciembre de 1517.

Despues de jurar fidelidad y respeto á los fueros y leyes de Castilla, nombró el Emperador Gobernador á Adriano. Desafuero tan grande sumado con otros desafueros, ocasionó el levantamiento de Germanías y Comunidades acalladas un momento por la noticia de la conquista de Méjico, pero recrudecidas, principalmente estas últimas, por haber sido desterrados de las Córtes los Procuradores de Toledo, donde al saberlo el pueblo se apoderó de la ciudad y fortalezas, cundiendo de tal manera este movimiento nacional que en poco tiempo lo secundaron hasta quince ciudades de las que tenian voto en Córtes, y armaron las gentes que pudieron, disputando el terreno y el poder á los extranjeros y nacionales que en nada tenian los derechos castellanos, y en mucho su ambicion y codicia, parapetándose en su respeto al rey á quien reconocian y compadecian los Comuneros que gritaban ¡viva el rey! y ¡mueran sus malos consejeros!....

Despues de varias luchas y sangrientas batallas en que la fortuna se declaraba, ora alemana, ora castellana, avistáronse los dos ejércitos en Villalar, donde embestidos los Comuneros por los Imperiales, quedaron éstos dueños del campo merced, más bien que á sus armas, á lo pantanoso del terreno que ocupaban sus enemigos, que no pudieron jugar la artillería que tan denodadamente defendió ántes Medina del Campo y que gusto so recibió Juan de Padilla, héroe y mártir de la libertad en esta sangrienta jornada en que cayeron prisioneros los Capitanes Juan Bravo y Francisco Maldonado, que con su compañero y Jefe Juan de Padilla, entregaron su garganta al cuchillo del verdugo el 24 de Abril de 1521, no sin haber escrito una sentida y animosa carta el Capitan toledano á su pátria, *corona de España y luz de todo el mundo*.

Tras de algunas consideraciones y lamentándose de esta desgracia, continuó el orador su discurso anotando á grandes rasgos el término de las

Comunidades y Germanías, retrocediendo á 23 de Octubre de 1520, día de la coronacion de Carlos V.

Citó luego la paz de Noyon, la que calificó como á la generalidad de los tratados, de *Pactos de treguas de que los beligerantes tienen necesidad para rehacer sus fuerzas*: opinion que en este caso apoyaba en la guerra que Mr. de Haymeres le hacia en el Ducado de Luxemburgo, siendo la causa Roberto de la Marca, Conde de Aramber, vasallo del Emperador, con cuya licencia levantó gente en Francia, pretexto que dió comienzo á las luchas tan desastrosas entre España y Francia que no quiso ceder ni con la prision de su Rey Francisco I.

Como punto de los más culminantes y trascendentales de este reinado, trató el orador de la *Reforma*, hizo una ligera biografía del promovedor Lutero que en la venta de indulgencias para perdonar pecados y en las Bulas del Papa Leon X halló pretexto ó motivo para separarse de Roma, lo que obligó á Carlos V á llamarle con salvo-conducto á Worms, donde aseguró ser suya la obra titulada *Cautividad Babilónica* con las cuarenta proposiciones en ella sentadas, y las noventa y cinco conclusiones que fijó en la puerta de la Catedral de Vилleberg, sin querer retirar nada de lo que habia asentado, continuando tras esto su predicacion sin preocuparle el *Edicto Wormacense* en que se condenaban sus escritos al fuego y su autor al verdugo.

Después de subir al Pontificado el preceptor de Carlos, con el nombre de Adriano VI y estando el Emperador en guerra con Francia, el Duque Carlos de Borbon, Conde de Montpensier, abandona á su país y se pone á servicio del Emperador que en 1527 le envió contra el Papa á quien encerró en el *Castillo de Sant Angelo* después del asalto y saco de Roma en que los Imperiales no perdonaron *casa ni templo que no robasen*, ocho días antes del nacimiento del Príncipe Felipe.

El juicio crítico del reinado de Carlos I, siguió á la descripción de este acontecimiento y asentando que las ideas del hombre no son hijas de su voluntad, sino dueñas de ésta; presentó con los colores que más á su juicio resaltan, los caracteres más principales de este Monarca, no siendo su criterio el más acertado para conseguir la prosperidad de la nacion que si bien alcanzó en aquella época triunfos y glorias militares que hoy envidian muchos, el orador las llama *páginas de sangre y luto* que costaron á la humanidad medio millon

de hombres y legaron á España la vergüenza de perder tantos Estados que conquistara y heredara quien quiso ser Monarca universal.

Y dió fin la conferencia dedicando su autor un entusiasta recuerdo á la gran figura del Cardenal Cisneros.

## LA TIERRA Y SUS MOVIMIENTOS.

### BREVE ESTUDIO COSMOGRÁFICO.

«..... los hombres..... Avidos por conocer las leyes de la naturaleza y lanzándose en el vasto campo de las conjeturas, ejerció mucha más influencia la fecundidad de su fantasía en componer sistemas sin realidad, que en estudiar y observar los hechos para probarlos y ordenarlos en rigurosa doctrina.....»

Sujeta á mil torturas la árida y estéril imaginacion que dejada conducir por el buen deseo y luchando entre él y su incapacidad, se esfuerza en dar sello de agrado, al par que claridad á un principio del que por desgracia son tan pocos relativamente los iniciados, ¿cómo resolver de una manera satisfactoria, al espontáneo interés y al objeto preciso, tan difícil situación? Al tratar del estudio Cosmográfico de la Tierra y sentar por base fundamental ser un planeta, bastaria por sí sola esta idea para sorprender en sus concepciones al timorato; para resentir la infundada vanidad terrestre del que hasta tal revelacion científica, no se explique la sin razon de aquélla; ¡la Tierra un astro del Cielo! ¡pero un astro secundario y de luz prestada!.... Cuando desde la estrella ménos perceptible y que brilla tenuemente allá en los abismos de la extension, hasta la rutilante de la primera magnitud y desde ésta al Sol, todos los elementos del Universo parece le rinden tributo tanto en su luz como en el espectáculo armonioso y solemne que presentan! ¿Cómo el hombre asentado sobre su mal fundado orgullo podrá admitir sin prevencion la humillante idea de hallarse constituido sobre tan efímero pedestal como el que forma un globo imperfecto, raquítico y aislado en el espacio? y si esto con relacion á su susceptibilidad, ¿qué no, en cuanto á su seguridad personal, si su morada además se halla animada de complicados, múltiples y variados movimientos, sirviendo como de juguete á sus balances y piruetas, que tal llamar podemos á las inflexiones de su marcha por efecto de las portentosas velocidades de aquéllos?.... Si bien nada más natural que el que se dedique al estudio del Universo en general y de sus elementos en particular, empiece por el estudio del lugar que con aquel objeto le sirve de Observatorio, justo y propio le es al hombre aunque á aquel estudio no dedique su atencion, el darse cuenta de la entidad que representa su habitacion, ántes de franquear las extrañas, tanto en la universalidad de la creacion, como en el papel singular y rango que desempeña y ocupa en el sistema planetario de que forma parte.

¿Juzgará bien su escasa importancia cuando mida,

examine y pese el astro que le conduce en el espacio hácia un objetivo que el mismo astro desconoce? Si pregunto á la general vulgaridad por el espectáculo que representa sobre la Tierra una vez así conocida, la humanidad, respondería seguramente, que es una nécia quimera y una fábula creída por algunos hombres faltos de juicio y sin sentido comun; si consulto á su presuncion, me diría que no hay ni existir puede idea más depresiva, y por lo tanto más insufrible é insoportable; y la religion me objetaría, era preciso adorar misterio tan incomprendible. Pero perteneciendo por gloria suya á las ciencias exactas la Astronomía, poca justicia, que no poca honra, se la haría si al ocuparse de sus principios, de sus teorías, no llevaran el carácter riguroso y demostrativo que les es peculiar; no es una ciencia de criterio propiamente particular, es el criterio del análisis y el compás el que la explica; y aunque al terreno minucioso y detallado de sus cálculos no sea oportuno en las columnas de un periódico descender, resuelvo de los temores que al principio indiqué exponiendo sucintamente, los medios empleados y procedimientos seguidos para la evidencia de aquéllos, ante la ley de los hechos que los comprueban.

En el espacio sin límites, en el profundo seno de la gran Vía-láctea, nebulosa resoluble, se halla nuestro Sol, una de las estrellas en que aquella se resuelve; y es centro del grupo de mundos llamado sistema solar. Más distante de ese centro, de ese Sol, que lo están Mercurio y Venus midiendo una lejanía á el de 36 millones de leguas se halla la Tierra, invisible para la mayor parte de su cortísimo número de hermanos, los planetas del mismo conjunto, cuanto más para las estrellas fijas, centros como el Sol de igual número de sistemas cuyos elementos nos oculta su prodigiosa distancia; á la ya dicha, que como vemos no es ciertamente la menor, pero ni muy remotamente la media, cuanto ménos la mayor y que se pierde cual un punto ante las distancias estelares, se halla el cuerpo opaco que habitamos.

Colocado el hombre sobre su superficie, la primera idea que forma del Universo al dirigir la vista al Cielo y luego á la Tierra, sin otros recursos que su simple notacion, y sin más motivos de juicio que las inmediatas apreciaciones de sus sentidos, es la de ser aquél una inmensa bóveda material de sustancia trasparente y que se apoya por sus extremidades á los parajes de la Tierra que limitan su vista, así como la de ser ésta una superficie plana más ó ménos alterada por las desigualdades montuosas y que se extiende indefinidamente hasta unirse con el Cielo, como asimismo de una profundidad ilimitada.

Estas primeras ideas son por su inexactitud, hijas de la irreflexion, más bien que de la ignorancia, y al par una manifiesta prueba de los errores en que incurrir podemos si nos dejamos conducir sin analizarlas por las impresiones primeras de nuestros sentidos.

En efecto, que los Cielos no son sólidos, lo prueban suficientemente los variados y diversos movimientos de cuantos astros se hallan en él; son tantos éstos y tan distintos aquéllos que no dejan duda alguna de esta primera conclusion, que también la acreditan

la diversidad de sus distancias; el Cielo es la extension indefinida, el espacio sin límites, y el color que le caracteriza sólo es debido á la combinacion de los rayos de luz que el Sol nos envía afectados por la masa aérea que circuye inmediatamente nuestra Tierra. Al descubrir una extension idéntica en todas direcciones hasta los límites de nuestra vista, nos parece ocupar el centro de una semi-esfera cóncava insistiendo sobre la Tierra como el cristal de un reloj sobre la esfera horaria.

Este lamentable y craso error, será brevemente desvanecido; pues apenas consideremos la presencia y ocultacion metódicas del Sol, la Luna y los demás astros, comprenderíamos que para verificar sus retornos, tendrían que atravesar la masa sólida de la Tierra, verificándolos por un canal ó paso subterráneo abierto en ella y desde luego echamos de ver cuán inexacta é impropia es esta hipótesis; porque si se notan los puntos por donde diariamente aparecen y se ocultan, se ve que estos puntos comprenden una region considerable de la línea que limita nuestra vista; por lo tanto esos pasos ó caminos supuestos, habrían de tener sucesivamente una portentosa y extraordinaria extension y por lo tanto serían visibles desde muchos parajes de la Tierra; ningun testimonio semejante consignan los numerosos viajes que en todas direcciones se han practicado, ni nada tampoco acredita y si rechaza las leyes del movimiento de los astros que se sujeten á ocupar de la Tierra una misma distancia todos los dias, cual tendría necesariamente que suceder si dicho paso ó marcha la verificaran de la manera supuesta. Además; si nos trasladamos á cualquiera de los puntos que nuestra vista descubre allí donde parecen unirse el Cielo y la Tierra, una extension análoga y una limitacion idéntica se presentaría á nuestros ojos, colocados en aquellos límites otra y otra sucesivamente, lo que nos prueba que esos confines son solamente una apariencia; concluiremos de aquí que ese contacto, sosten ó apoyo del Cielo á la Tierra no existe. También prueban las anteriores ideas que la Tierra no puede prolongarse indefinidamente en la direccion de los límites de nuestra vista, ni tampoco en profundidad; es pues necesario que tenga sus límites, como también en su superficie un envés ó vuelta que permita al Sol y demás astros pasar en su ocultacion, para aparecer de nuevo, mediante su oculta marcha, y que por la parte opuesta á la que ocupamos presente igual aspecto.

Esto que bastaría para acreditar el aislamiento de la Tierra sin apoyo ó sosten á objeto ó cuerpo alguno, se completará con la sencilla observacion siguiente: Si estos sustentáculos existieran, sus dimensiones que deberían ser considerables, podrían, como ántes digimos, distinguirse también desde un gran número de parajes; nada tampoco de esto manifiesta la experiencia en los innumerables viajes de circunvalacion que se han llevado á cabo en todas direcciones.

Estamos pues en oportunidad de quedar establecido el aislamiento de la Tierra en el espacio.

Toda la extension que descubrimos desde un lugar cualquiera de la Tierra se llama horizonte sensible; y su límite que es la línea que parece ser comun al Cielo

y ella, línea del horizonte; los puntos que corresponden perpendicularmente sobre nuestras cabezas y opuesto se llaman polos del horizonte, Zénit el visible y Nadir el opuesto. Se llama horizonte racional el plano paralelo al horizonte sensible y que contiene el centro de la Tierra, dividiéndola en dos partes iguales; hemisferio superior ó visible y hemisferio inferior ó invisible; el primero contiene al Zénit y el segundo al Nadir. Esto expuesto, tratemos de determinar la forma de la Tierra.

Lo más acertado y riguroso para tal objeto sería el trasladarnos fuera de ella á una distancia conveniente; mas no siendo esto posible tendremos necesidad de recurrir á un medio general y aceptable.

Una gran parte de la superficie de la Tierra está ocupada por los mares; veamos los hechos de observacion que en ellos tienen lugar y luego si el caso lo requiere y es legitimo procuremos hacer extensivas aquellas notaciones á los continentes.

Si la superficie de los mares correspondiera á un plan, todo objeto colocado en nuestro horizonte, se distinguiria por completo sin más variacion que la de su magnitud aparente segun estuviera más ó ménos distante del observador; pero no sucede así. Efectivamente, cuando en alta mar y sobre el puente de una nave notamos otra que se aleja, en vez de perderla total y repentinamente, de vista por el decrecimiento de su tamaño cual habria de tener lugar si en su marcha recorriera una superficie plana, vemos por el contrario que su desaparicion es gradual, empuzándola por el casco ó parte más inmediata á las aguas sobre que flota y sucesiva y progresivamente la arboladura hasta perderse por completo terminando por la parte superior de sus mástiles. Esta desaparicion regular y sucesiva acredita que aquella nave, ha descendido en una cantidad más ó ménos grande del horizonte y este descenso lo ha practicado de una manera aunque lenta, regular; esto es, cual si recorriera una superficie convexa y regularizada.

El mismo hecho en sentido opuesto se verifica cuando se nos aparece acercándose á nosotros un buque; pues lo primero que notamos es la parte superior de sus mástiles descubriéndose más y más, pareciéndonos como que sale del fondo de las aguas, hasta notar su casco finalmente resbalando por ellas.

Cuando nos acercamos á las costas, lo primero que descubrimos es la parte superior de las montañas y cual si recorriéramos una superficie curva y por la cual ascendiéramos sucesivamente, se nos irian presentando todos los detalles de las desigualdades de las tierras hasta su arranque en las costas; de igual manera si desde éstas notamos una nave que se aleja ú otra que se acerca, el hecho se reproduce idénticamente: esto nos indica que la superficie de los mares es sensiblemente redonda y más ó ménos regular.

Esta regularidad puede evidenciarse si se mide la extension longitudinal del rayo visual á cualquier punto de la línea del horizonte. Esta extension es igual sensiblemente y los marinos para determinarla usan del instrumento llamado sector de depresion.

Los diversos puntos de la línea del horizonte cor-

responden á los de la circunferencia de un círculo, cuyo centro fuera el ojo del observador y cuyo radio fuera la distancia á uno cualquiera de los puntos de aquella línea. Como en cualquier punto de la superficie de los mares donde se practique igual observacion se obtendria un resultado análogo, demostraria ésto que la forma de la convexidad de los mares corresponde á la de su cuerpo geométrico que cualquiera de sus puntos puede ser centro de la circunferencia de un círculo, adaptado á su superficie; el único cuerpo que goza de esta particularidad es la esfera; de aquí concluiremos que la parte de la Tierra ocupada por los mares es sensiblemente esférica.

No habria uno sólo de cuantos quisieran evidenciar este hecho, que no hallara comprobadas estas ideas sin más recurso que su vista dilatada en alta mar y dispuesto su pensamiento al caso.

Fáltanos examinar los fenómenos de observacion que tienen lugar sobre este punto en las Tierras ó continentes, y ver si presentan analogia perfecta con los ya notados en los mares. Efectivamente, á pesar de las ondulaciones frecuentes que parecen interrumpir la regularidad general de su forma por los accidentes del terreno, hay parajes sensiblemente llanos donde se pueden efectuar las mismas notaciones que en los mares, con los objetos que se acercan ó se alejan de nosotros; fuera de estas condiciones generales tan favorables y en todo lugar ó punto en que nos coloquemos, si notamos una estrella fija próxima al horizonte y caminamos á el en direccion de ella y con una velocidad que nos permita recorrer larga extension en corta cantidad relativamente de tiempo, veremos que sin cambiar de nivel sobre nuestra Tierra, al acercarnos á aquel lugar de la línea del horizonte que parecia determinar dicha estrella, ya ésta se hallará notablemente más elevada sobre nosotros y tanto más cuanto que la distancia recorrida fuera mayor y siguiendo en ella adquiriria una máxima elevacion para descender por parte opuesta á la direccion tomada.

Este hecho no tendria lugar ni tampoco explicacion, si nuestra marcha fuera practicada sobre un terreno sensiblemente plano ú horizontal; nos indica por el contrario que vamos descendiendo progresivamente, hasta que despues de haber tenido dicha estrella en nuestro Zénit se nos ha ocultado por la misma forma de la Tierra cuya superficie recorreremos; es pues esta una superficie curva y más ó ménos regular; y como por cualquier punto que emprendamos nuestra marcha de observacion, se reproduce igual fenómeno, de aquí el concluir que la parte de la superficie de la Tierra ocupada por los continentes hecha abstraccion de las desigualdades montuosas, presenta como la de los mares una forma globular ó sensiblemente esférica.

Esta es pues la forma de la Tierra aproximadamente; pues las desigualdades de su superficie no alteran su forma general, como haremos ver al tratar de la comparacion entre la magnitud del radio de este cuerpo y sus montañas más elevadas, que desde luego podemos considerar como las desigualdades ó rugosidades de la piel de una naranja con relacion á su forma esferoidal.



Tampoco hay necesidad con estas sencillas consideraciones de recurrir con el mismo objeto á métodos y procedimientos más facultativos. La forma y aislamiento de la Tierra así evidenciados; ¿cómo explicar tal situación de una masa tan enorme? Aunque no estamos en condiciones oportunas para contestar total y satisfactoriamente á esta pregunta tan natural y sencilla, diremos, sí, por el pronto, que una fuerza misteriosa, pero cierta, la Gravitacion Universal, es la que así la mantiene aislada, no solamente á ella, sino á todos los astros. La accion atractiva del Sol la retiene cual un potente imán, y esas fuerzas cuyas leyes fueron debidas al ilustre Kepler, y cuya síntesis fué establecida por el inmortal Newton, es la misma que asegura los efimeros pasos del hombre sobre este globo y permite al ave cernerse en los aires y la fuga del pez en las ondas.

Pronto veremos que esta masa así aislada ó suspendida en el espacio puede muy bien estar dotada de movimientos tan portentoso como diversos.

L. ASCENSION.

(Se continuará.)

## EL PROGRESO HUMANO,

### MORAL, INTELECTUAL Y FÍSICO.

#### II.

Desde el primer momento que el hombre fué el rey de la creacion, cuando todavía su asombro, puede decirse, por las maravillas que ante su vista se presentaban, no habia pasado, sintió y llegó á comprender que á sus ideas, lo mismo que á sus actos, debia presidir una cierta norma moral que estuviera, digámoslo así, sirviendo como de atalaya ó freno á la intemperancia de sus costumbres que, dicho sea de paso, distaban mucho de ser tan sencillas, honestas y morigeradas como en general se supone (1). Y se explica perfectamente que así sucediera puesto que la ciencia y la razon no conciben al hombre primitivo sino lleno de fogosas ó brutales pasiones inherentes á su estado salvaje y á la ignorancia absoluta que necesariamente tendria respecto á su dignidad, como ser inteligente y libre y á los deberes que consigo mismo y con los demás semejantes suyos tenia que llenar, una vez constituido en sociedad, ó en familia. Debieron quedar, pues, subordinadas á la naciente idea de moral, como correctivo á las desenfrenadas pasiones de aquellas naturalezas primitivas, las que todavía son hoy el cáncer corrosivo del individuo y de las sociedades: la *envidia*, la *soberbia*, la *pereza*, etc.

Por esto se ve, que aquellas gentes eligen al anciano más probo y honrado de todas las pequeñas colec-

(1) Léase lo que Mr. Dufour dice acerca de la moralidad de costumbres en la India, Grecia y Egipto, que se halla confirmado por lo que Herodoto, primer historiador profano, escribió 440 años antes de Cristo. También Strabon, Quinto Curcio y Valerio Máximo han dejado preciosos antecedentes acerca del estado moral de los pueblos de Chipre, Fenicia, etc. El mismo San Agustín en su obra *Ciudad de Dios* habla lo suficiente acerca de la inmoralidad de aquellas gentes. San Epifanio se expresa en análogo sentido. En la *Historia Universal*, de César Cantú, puede leerse lo referente á los reyes egipcios, doce siglos antes de Cristo. En fin, la corrupcion de costumbres brutales, goces y libertinaje de algunos pueblos, hállase consignada en dos libros del Pentateuco: *Levítico*, XVIII y en el *Deuteronomio*.

tividades, que debieron reunirse precisamente por los imperiosos lazos de la *necesidad*, no de la simpatía, ni de la fraternidad y menos del amor, con el objeto de que fuera fiel y constante guardador de sus *deberes* y *derechos*, (1) así como el encargado de dirigir los ceremoniales religiosos (2) y de reprobado, castigando hasta con crueldad al que faltare en lo más mínimo á cualquiera de los preceptos que por morales pasaban, pues bien distantes se hallaban de la verdadera moral. Sin embargo, los cimientos estaban colocados y sólo al crisol del tiempo y al bien dirigido esfuerzo de las sociedades quedaba coronar el edificio.

El progreso moral de esta suerte, quedó iniciado y dió el primer paso en la vida de la Humanidad.

Que más tarde ésta basa se haya derrumbado, cuando los vicios inherentes á todos los pueblos, aun en el apogeo de su cultura y civilizacion, han trastornado por más ó menos tiempo ese tan admirable orden que se observa en el progreso humano, que, por fortuna, tiene ya hoy satisfactoria explicacion, gracias á los admirables é importantísimos estudios de la Paleontología y Geología, nada dice en contra del principio. El misterioso y sublime equilibrio que necesariamente existe en lo moral, intelectual y físico, jamás se altera, antes por el contrario tiende á hacerse *eterno é imperecedero*. Si así no fuere, vendria nuevamente la más repugnante corrupcion, el embrutecimiento más supino y pernicioso y, en fin, la degradacion y hasta la desaparicion tal vez de la especie humana.

Pero, no; la historia de la humanidad tiene numerosas y muy brillantes páginas que nos dicen cuán grande y notoriamente manifiesto ha sido el progresivo refinamiento en las costumbres y usos de los pueblos. Las ciencias morales y políticas le confirman con pruebas concluyentes, y, en la mente de todas las criaturas, como idea innata, á la par que consoladora, se halla la de que llegará un *día* en que, habiendo ya pasado por el crisol del sufrimiento, único medio para alcanzar la posible perfectibilidad individual, y sin tener que sufrir la humanidad más *pruebas*, vivirá feliz y venturosa dentro de los límites humanos.

Esta idea, que no hay razon para desechar, se halla conforme con las más sublimes y consoladoras máximas de los *cinco* libros de Moisés; debiéndose admitir forzosamente dicha consecuencia, si como principio se sienta: Que la Humanidad, como el globo terráqueo, en sus grandes y necesarias revoluciones, se modifica y perfecciona notable y ostensiblemente.

Una ojeada histórica nos pondrá de manifiesto esta gran verdad, por lo que se refiere á la moral de algunos pueblos que en más ó menos remotos tiempos existieron; porque la verdad es que estudiando el «*Libro eterno de los pueblos y de los Reyes*,» con imparcial criterio, sin juicios preconcebidos, sujetando á la balanza de análisis concienzudo los siglos más decantados, los hechos que pasaron, en fin, el corazón del débil se conforta con la certidumbre de que por flacos que parezcan sus esfuerzos, cooperarán al universal triunfo, á la perfectibilidad humana. Con el exacto

(1) Primer paso dado en la moral natural y en el derecho de gentes.

(2) Origen de las religiones y sectas.

conocimiento de la historia se puede conseguir la armonía de la razón con la imaginación y el entendimiento, ¡armonía en que va envuelta tanta parte de ventura!

Pues bien; acomoda á nuestro propósito para trazar el cuadro fijarnos en el Asia, considerada por los historiadores y geólogos, como la cuna del género humano y de la civilización, la parte del mundo en fin, más extensa y más favorecida por la naturaleza. (1)

De las tres zonas en que las dos inmensas cordilleras de montañas, en dirección del ecuador, dividen al Asia, en la tercera, que separa la China de la Tartaria chinesca que se extiende hasta el trópico, desde donde se prolongan hacia el ecuador las dos grandes penínsulas arábiga é indiana, se halla la comarca más rica y más privilegiada del globo. Debido á las exhalaciones de un mar sosegado, al abrigo de las montañas, á la gran cantidad de aguas corrientes y á la precisa regularidad con que allí soplan los vientos, se goza de una suavísima temperatura. Los más preciosos árboles y vegetales allí se desarrollan con extraordinaria lozanía: los pájaros é insectos ostentan allí el lujo de una refulgente belleza: el algodónero y el gusano de seda también allí prodigan sus tributos al hombre para su vestido de igual manera que, para su adorno, se los prodigan las minas de oro, la pedrería y los diamantes.

Entre los ríos famosos desde los tiempos primitivos, tenemos: el Eufrates, el Tigris, el Ganges, el Indo, este último es el que divide el Asia meridional en dos partes: la una descende hacia el Océano y hacia el Mediterráneo la otra que es precisamente sobre la que fija la historia sus primeras miradas, pudiendo ser subdividida de nuevo en país aquende el Eufrates, entre el Eufrates y el Tigris y entre el Tigris y el Indo.

Aquende el Eufrates hallamos la península del Asia menor (*Anatolia*) con las islas de la costa, la Siria, la Fenicia, la Palestina, la Arabia. Entre el Eufrates y el Tigris, hallanse la Mesopotamia, Armenia, Babilonia. Entre el Tigris y el Indo se dilatan la Asiria, la Suriana, Persia, la Caramania, etc.

Y si á estos países agregamos el Egipto, muy análogo por su naturaleza al Asia, seguramente tendremos trazada la silueta del campo en que se verifican ó tienen lugar los hechos históricos de los más remotos siglos, cuyo conocimiento mucho ha de ayudarnos en nuestra difícil empresa.

El habernos fijado precisamente en el Asia para tomar datos que puedan sernos útiles al tema ó asunto que nos proponemos desarrollar, aunque ligeramente, es por la sencilla razón de que, pasado el diluvio universal, los pueblos descendidos del Cáucaso, cuya cúspide más elevada está en el Ararat, fueron ocupando los países ó terrenos secos que se iban poniendo en condiciones higiénicas y ofrecían, merced á los arrastres de las lluvias, valles y llanuras más ó menos dilatadas y fértiles. Fué, pues, la primera residencia de los

(1) Ocupa una superficie de 933,350 metros cuadrados (2.100.000 leguas) y, como río más puro por la inmediación á su fuente, en el Asia central, es la especie humana de una hermosura y desarrollo superior á la del resto del mundo. Por esta razón los turcos que eran contrahechos adquirieron allí alguna belleza; por igual razón las circasianas, de belleza tan decantada, de irresistibles atractivos, espesas pestañas, grandes y negros ojos, lindas bocas, unida frente y redonda barbilla, mejoran la deforme raza de los persas.

hombres, la gran llanura del Asia central comprendida entre el Eufrates y el Tigris, con las montañas á un lado y el desierto á otro, donde se hallan situadas la Mesopotamia de excelentes y abundantísimos pastos, la montuosa Armenia y la fértil y renombrada Babilonia.

¡Es decir, que en ningún otro sitio más que entre el Eufrates y el Tigris se ven tan de cerca los extremos de la magnificencia y de la desolación! ni en punto alguno puede estudiarse mejor que allí el progreso, bajo el punto de vista moral.

Si en el Asia se perpetuó el despotismo, fué á causa de las especiales costumbres que allí reinaban, pues un solo jefe reasumía el poder de hacer las leyes, de ejecutarlas y de administrar justicia: la libertad política y la libertad moral marchaban por consiguiente de consuno. No había pues esperanza de que se elevasen á las franquicias civiles aquellos pueblos que no habían empezado á reformar sus costumbres. En Europa, patria y familia son dos ideas asociadas, donde el mejor ciudadano es también por regla general el mejor padre. Mas en donde se halla establecida la poligamia no sucede, no puede suceder así.

Por esto en Asia, donde nacen las mujeres hermosísimas, donde su desarrollo es muy precoz, pero que por esta razón precisamente pierden antes sus hechizos y su fecundidad, hallamos ejemplos mil de corrupción y molición en las costumbres de sus habitantes.

Propenso el hombre, por el género de vida, costumbres, etc., y la gran influencia que sobre él ejerce el clima, á la corrupción y al deleite, ideó formarse allí un jardín con tan deliciosas flores, y naturalmente eligió las de más brillantes y más variados matices, es decir, las más bellas. Pero muy jóvenes aún, si bien idóneas para el placer, necesitaban oponer un freno á la violenta agitación de sus pasiones, al amor, á las rivalidades, á los celos, en una palabra. Afectos naturales, muy dignos de respeto en verdad, así como el natural orgullo ó amor propio bien entendido, se hallaban heridos á causa de la poligamia, que necesariamente tiene que atormentar á los sentidos con las privaciones y al corazón especialmente con la preferencia. Según esto, el esposo no podía contar con el amor de la mujer, que es la prenda más positiva de la fidelidad. Fué, pues, necesario que tomara el hombre medidas de rigor para dominar á la mujer con una extremada severidad, y al efecto, las encerró con grandes precauciones en los harenes, y bajo la custodia de eunucos. Resulta, pues, que debido al clima y otras poderosas razones, en Asia las mujeres fueron esclavas, así como en Germania donde se retardaba el desarrollo y el matrimonio, contribuyó ostensiblemente á que fueran las mejores compañeras y consejeras del hombre. Por consiguiente allí, en el Asia, el amor nunca figuró como moral, ni ménos como mútuo y sagrado lazo de unión entre dos seres. ¡Qué mucho entonces, que se relajaran los vínculos de la familia, que ocurrieran frecuentemente asesinatos domésticos y hasta parricidios! Por eso la naturaleza vengó con la tiranía el menosprecio que de ella se hacía, pues que allí donde la mujer no es la dulce y querida

compañera del hombre, ni ha de llenar su importante misión en la humanidad; donde no vive para su esposo ni para sus hijos, y si para los placeres, cada hogar se constituye en una monarquía despótica, cuya asociación de tiranos obedece á un jefe, señor brutal y absoluto en la ciudad, como el particular dentro de su casa, mandando arbitrariamente á la familia.

GUMERSINDO FRAILE.

(Continuará.)

## LA FIESTA DE LOS DIFUNTOS.

¡Triste día! ¡Día de luto y de dolor, en que el alma recuerda más que nunca á los seres que tanto amó, y que en vano busca entre el gran concierto de los vivos, en la inmensa extensión del mundo! Día sombrío en que el eco funeral de la campana retumba en nuestro corazón cual la voz angusta del no sé que con sus vibraciones nos llama á un mundo de paz y de ventura sin cuento. Su doblar nos estremece y cada uno de sus ecos arranca un latido á nuestro corazón, latido que dedicado á Dios vá á perderse en el espacio, pedestal gigantesco de su trono.

En las enlutadas paredes de las iglesias resuenan, al par que el canto fúnebre del sacerdote, las oraciones de la multitud, que suben envueltas en el sagrado incienso hasta los pies de Dios, pidiendo el descanso eterno para las almas de los que ya no existen. Hasta el sol parece ocultar sus brillantes rayos en este día de común tristeza, é ilumina con sus pálidos resplandores las mil escenas dolorosas y sublimes que tienen lugar en la morada de la muerte. El alma se eleva y la imaginación se entrega á la meditación al contemplarlas, al comprender todo lo grande, todo lo desgarrador que encierran.

Aquí una madre desdichada llora sobre la tumba solitaria de su hijo. Al otro lado, una esposa riega con llanto la lápida que cubre al que fué el compañero de su vida, y á su oración angustiosa se une el angélico acento de una niña que por el alma de su padre ruega. Más allá, una joven llena de vida, besa con pasión el adorado nombre de su madre esculpido en mármol. Un anciano solloza junto al sepulcro del idolatrado ser que para siempre perdió. Coloca una hermana sencilla corona en la tumba de su hermano siempre amado, ¡pobre tributo de su cariño invariable! y mientras con el alma ruega por él, con los ojos de la ilusión lo ve, le besa con delirio, lo estrecha contra su corazón, como en el tiempo feliz en que el mundo embellecía con su presencia, y le envía con sus suspiros la ternura inagotable de su alma.

Y formando horrible contraste con este cuadro sombrío, el mundo de las mujeres sin corazón y de los hombres escépticos acude cubierto de galas y adornos á pasear lleno de satisfacción por las verdes calles del cementerio; y profanando la mansión tranquila de la muerte, hacen de ella una repugnante feria en la que las mujeres van á lucir sus galas, á exhibir sus encantos, y los hombres á buscar una beldad propicia para entretener sus ratos de ocio; y pisan indiferentes las tumbas, sin pensar en su loco desvario que acaso

ellos reposen en aquel sitio el año próximo; y miran indiferentes á los que sin consuelo lloran, murmurando por gran favor: ¡Pobres gentes!

No nos digan que los que á tal feria concurren sienten como todos; no, no puede ser. Si tienen corazón, está dormido; si disfrutan de la facultad divina de pensar, están obcecados. ¡Dejad, por Dios, de hacer un paseo mundano de la morada de la muerte! Allí sólo debemos ir á rezar y á llorar.

A poseer mi débil pluma la fluidez arrebatadora del talento, lograría que mis palabras penetraran en vuestra alma, y que al conmover vuestro corazón os hicieran comprender el crimen moral que cometéis al cubrir indiferentes con vuestros lujosos vestidos el lecho eterno del que ya no existe; pero como nuestra voz no puede tener tal poder, me limitaré á decir: Al entrar en el santo cementerio, dirigid una mirada en torno vuestro, oid los sollozos de los que allí oran, medita un poco, y al par que olvidais al mundo, saludareis, cayendo de rodillas, al Dios cuyo poder, más que en ninguna otra parte, se ve allí.

Id, en buena hora, ó visitar á los muertos; pero arrojad al entrar muy lejos las galas y las joyas, borrada la triunfante mirada de los ojos, la alegre sonrisa de los labios, penetrad con el corazón contristado y la modestia en el traje en el sitio en que palpablemente se ve nuestra pequeñez, la nada de nuestro ser y la omnipotente grandeza de Dios. Acudid, sí, pero id á orar delante de una tumba, á inclinar vuestra altiva frente ante la majestad angusta de la muerte, á cuyo soberano poder nos hemos de someter todos, el rico y el pobre, el soberbio y el humilde.

Lectores, en este día, consagrado á la meditación y los recuerdos, oremos juntos por los seres que hemos perdido. Huyendo de esa parte del mundo egoísta y frívola que quiere gozar y no sufrir, reír siempre, nunca llorar, ¡supremo desatino! vamos también, cuando reine la soledad en la mansión de la paz, á llorar y rezar; á llorar, sí, que el llanto vivifica y consuela. ¡Pobre del ser que no sabe llorar!

Si os he entristecido, perdonad; las pérdidas irreparables de las personas que nos han sido muy queridas, dejan en el alma un amargo fondo de tristeza que pugna constantemente por subir á la superficie.

A la profunda melancolía que este día despierta en nosotros, podemos oponer como consuelo la bienhechora idea de que tras la muerte está la gloria radiante que Dios nos ofrece.

ADELA SANCHEZ CANTOS.

## LA H.

Esta letra no sé por qué ha llamado siempre mi atención con preferencia á otras. Y el caso es que verdaderamente no pasa de ser un signo ortográfico ó letra gamatical.

En el latín, madre de todas las lenguas, no se considera la *h* como letra, sino como simple aspiración. En nuestro idioma se escriben con ella aquellas palabras cuyo origen tiene *h* ó *f*, como también delante del diptongo *ue*.—Y yo exclamo: ¡Y qué?

La *h* se antepone á las vocales sin saber por qué

razon; pues no da ni quita nada al valor de éstas, ya proceda del árabe ó del griego, y no tiene el honor de que se la distinga al pronunciar, esté en principio ó en medio de dición; es decir, que ni siquiera sirve para hacer el oficio del cero símbolo. Es como si dijéramos una cosa que está de sobra, y que sólo sirve de estorbo á los españoles, que no pocas veces se ven comprometidos para saber si tal ó cual palabra se escribe ó no con *h*, teniendo muchos la desgracia de equivocarse al aceptarla, sin embargo de haber torturado su imaginación para ello; pues no sé qué influjo tiene en nuestro organismo, que queriendo huir de Scilla tropezamos en Caribdis; más claro, que es tanta nuestra debilidad, que nos decidimos por ella, casualmente en los casos en que se debe deshechar.

Es una letra que me persigue, que me acosa en todas partes; se me representa en cada andamio que veo, y la distingo clara en los pasos de nivel, cuando se extiende la cadena que sustentan dos piés derechos, anunciando al caminante que detenga su marcha para ver cruzar la velóz locomotora, admirable creación del siglo XIX. Cuando sueño, siempre me veo colgado del travesaño de una *h*, y entónces la pesadilla es enorme; y por último, tropiezo con ella hasta en la sopa; no lo dudes caro lector, cada vez que me sirven sopa de pastas, de esas que el vulgo llama de *letras*, todas ellas en comun consorcio con los nueve dígitos, se sumergen hasta el fondo del plato, y sólo por mi desdicha, veo sobrenadar las *haches* en el caldo.

Comprendo su uso en los idiomas, que empleándola la dan ese sonido especial parecido al de nuestra jota; pero en nuestra pátria lengua, no comprendo ni me explico su aplicación; prueba al canto: ¿qué más da escribir *holocausto* con *h* que sin ella? ¿no os suena lo mismo? ¿Y no llegan igualmente á vuestros oídos sin percibirse de ella, las palabras *adhexion*, *hipócrita*, *anhelo*, *hospital*?

Los únicos que en España se aprovechan de que figure en los signos ortográficos, son nuestros compatriotas de la parte meridional, que sin duda para hacer patente su procedencia árabe, la convierten en jota diciendo: *jasé* por *hacer*, *Ajama* por *Alhama*, y como en éstas en miles más de palabras, que sería prolijo enumerar; pero no es ésto lo peor, sino que hay provincia en que además de aplicarle esa fuerte pronunciación, la acompañan con una especie de ahogo que traducido al lenguaje vulgar se conoce con el nombre particular de *ronquido*. Al estornudar con especialidad se hace esta letra cosmopolita, y se deja sentir claramente en tono musical ya de *mi bemol* ó de *do agudo*, cambiando en este último caso su terminación en *is*, efecto sin duda de los esfuerzos del estornutante.

En los nombres propios, su uso debe ser un compromiso hasta para los mismos académicos de la lengua, y en general todos estamos expuestos á que al escribir el apellido de un prójimo, tenga éste que recordarnos el muy sabido dicho «esos son otros Lopez», si ántes para evitar la lección, no hemos tenido el cuidado de preguntarle si el apellido de sus abuelos se escribía con *h*.

El exceso ó defecto de la *h* en algunos apellidos es una falta tan imperdonable, como olvidarse de anteponerle la aristocrática preposición *de*; y ¡ay! del infeliz que tales equivocaciones padece, pues queda de hecho, por su negligencia, obligado á oír toda una historia de ascendencias y descendencias cuyo punto de partida en algunos, viene desde nuestro padre Adán.

Es una letra que da lugar á verdaderas censuras, pues no parece sino que es grave delito el *comérsela* en determinadas ocasiones; y si no pónganse todos la mano sobre el corazón y digan con franqueza á cuántos comentarios no se prestaría ver escritos sin ella, en lenguaje *mitológico*, los armoniosos nombres Heliópolis, Heliconá é Hipocrene.

La *h* en no pocos casos suele acarrear compromi-

sos y hasta sus correspondientes disgustos, pues si al equivocarse cualquiera dice á otro: se me figura que está usted errado, el oyente la toma por la tremenda y su inmediata contestación suele ser la siguiente:

—¿Oiga V., caballero, esa palabreja que acaba V. de pronunciar, es algun equivoco? Porque advierto á V. que no gusto de bromitas.—

El interpelado, que no está fuerte en ortografía, contesta con la mayor candidez:

—Perdone V., he querido decir herrado con *h*.

—Con que sí ¡eh! ¡hombre! si no fuera por..... me dará V. una satisfacción.—

El retado con los ojos muy abiertos y lleno de asombro, exclama:

—Pero señor, por qué se alarma V., si yo no he tratado de ofenderle.—

—Con que no ¡eh! y me dirige V. un herrado con *h*.—Me dará V. una satisfacción.

Y aquí tienen ustedes á Periquito hecho fraile, es decir, á un hombre comprometido ¿y por qué? por una *h* que jamás pensó en anteponer con ánimo deliberado ni sueños de ofensa; pero que sin embargo puede costarle muy cara.

¿No podrían evitarse éstas y otras desazones, haciéndola desaparecer de la lengua? No señor, se me dirá, porque, ¿de dónde íbamos entónces á averiguar la etimología de las palabras? Además, se emplea para no confundir aquéllas que con distinto significado suenan iguales, como *asta* sustantivo y *hasta* adverbio.

¿Pero no teniendo la *h* sonido, cómo he de averiguar si el interlocutor la ha expresado ó no?

¡Toma! por el ligado de las palabras segun aquéllas de que se habla.

Es verdad; pero yo creo que en la escritura puede distinguirse con la misma ó mayor claridad; prueba de ello lo es, que el pasado diálogo sobre el pretérito *errado* no se hubiera efectuado si la *h* no existiera.

Por todo lo expuesto, con permiso de los gramáticos, siendo la *h* un constante compromiso, y sobre todo no gustándome á mi, creo que pensando cuerda-mente debiera desterrarse de nuestro idioma como letra *hinsustancial*, *hinútil* é *hinnecesaria*.

Otro tanto pudiéramos decir respecto de la *b* y la *v*; pero basta por hoy.

E. SOLÁS.

## POESÍAS

LEIDAS EN EL NUEVO TEATRO DE ROJAS, DE TOLEDO,

LA NOCHE DE SU INAUGURACION,

19 DE OCTUBRE DE 1878. (1)

### Á ROJAS

en la inauguración del Teatro de su nombre.

Aquí nació: la brisa perfumada,  
Que henchida de aromáticos olores,  
Dulcemente murmura en la enramada,  
Ó agita las silvestres gayas flores  
Que adornan de Toledo la esplanada,  
Ó vibra al transmitir trova de amores,  
Mil veces al besar su noble frente  
Le dió la inspiración dulce y potente.

Y al recorrer, aquí, el agrio sendero  
Del turbio Tajo en la escabrosa orilla,

(1) En la imposibilidad de publicar todas las poesías que se leyeron en tan solemne acto, nos ceñimos solamente á la inserción de las que con tal objeto presentaron los Sres. Marqués de Medina, Bueno y Olavarría que honran con su colaboración las columnas de EL ATENEO.

Viendo saltar al colorin ligero  
De rama en rama en la ondulante armilla,  
Y del poniente sol, desde el otero,  
Último rayo que, entre nubes, brilla,  
Surgió en su mente melodioso canto  
Nutrido de verdad, lleno de encanto;  
Ficcion en que su siglo reaparece  
Pintado con notable maestría,  
Romance donde surge y aparece  
De su preclaro ingenio la hidalguía,  
Ó comedia do siempre resplandece  
Provechosa leccion; como en GARCIA,  
Tan acabado en su ideal belleza  
Que él sólo á Rojas dió nombre y grandeza.

J. GUTIERREZ MATURANA.

## Á ROJAS,

AUTOR DE GARCIA DEL CASTAÑAR.

¡ROJAS! Nombre peregrino  
Cuya inspiracion sublime,  
En mi corazon imprime  
La gloria de un gran destino.  
Tu magnifico camino  
Cubierto de hermosas flores,  
Es alivio á mis dolores  
Y consuelo á mi quebranto,  
Por ser tu lira el encanto  
De entusiastas trovadores.

Este cielo de armonía  
Que recoge mis querellas,  
Donde brillan las estrellas  
Como el sol de medio dia.  
¡Toledo! la patria mia,  
Cobijó al génio fecundo,  
Que con talento profundo  
Y con orgullo arrogante,  
Extendió su voz gigante  
Por los ámbitos del mundo.

Y sus ecos misteriosos  
Se acogieron con respeto,  
Por Lope, Tirso, Moreto,  
Calderon y otros colosos.  
Sus versos maravillosos  
Envidia son de la fama,  
Y si una espantosa llama  
La dramática extinguiera,  
Nuestro mérito existiera  
Al no perecer tu drama.

En tí se ve confundido  
Lo discreto y lo punzante,  
Lo filósofo y lo amante  
Lo ligero y detenido.  
Lo tímido y lo atrevido,  
Lo corpóreo y lo ideal,  
Y en tu esfera colosal  
Tanta variedad se mira,  
Que por tus triunfos conspira  
Lo terreno y celestial.

Dichoso tú, fuerte adleta,  
Que inspirado en este suelo,  
Puedes servir de modelo  
Al dramático poeta.  
A tu recuerdo sujeta  
Mi musa en llanto sumida,  
Ve la esperanza perdida  
De alcanzar gloriosa palma,

Y busca á mi vida un alma  
Como el alma de tu vida.

¡Vana ilusion! Lucho y siento  
El rigor de la inpotencia,  
Que limita sin clemencia  
Mi atrevido pensamiento.  
Quiero volar, y al momento  
Que dar un paso imagino,  
Se aparece en mi camino  
Sin que su presencia explique,  
Gigantesco y fuerte dique  
Opresor de mi destino.

Ante su ley, callo y cedo  
Entre mortales congojas.....  
Tú has llegado, ilustre Rojas,  
Donde yo llegar no puedo.  
Y hoy que la Imperial Toledo  
Orgullosa se engalana,  
Y con tus triunfos se ufana  
Inmortales en la historia,  
Yo vengo á cantar tu gloria  
Como joya toledana.

GABRIEL BUENO.

## Á TOLEDO,

en la inauguracion del TEATRO DE ROJAS.

Hoy para honrar á un poeta  
Se adorna, altiva, y se afana  
La que fué hermosa sultana  
De los hijos del Profeta.  
¡Toledo! Toda su historia  
Cual por mágico conjuro  
Surge sobre un fondo oscuro  
De repente en mi memoria.

.....  
Descansa en su ayer sombrío  
Entre cuentos y consejas  
Arrullada por las quejas  
Melancólicas del rio;

Y entre las sombras extrañas  
Que la envuelven y la ciñen,  
Se ve á los celtas que riñen  
Delante de sus cabañas.

Luégo, tras el alta loma  
Aparece un punto alado  
Y el sol se esconde, eclipsado  
Por las águilas de Roma.

Brilla de pronto una luz  
De radiante resplandor  
Que alumbra con su fulgor  
Sobre el Gólghota, la cruz;  
Y en valor y ambicion rico,  
Como una tromba violenta,  
Ante Roma se presenta  
Con sus huestes, Alarico.

Todo esfuerzo es harto exiguo,  
Todo doblega sus hombros,  
Y entre ruinas y entre escombros  
Se desploma el mundo antiguo.

Ataulfo á España viene  
Seguido del pueblo godo  
Y comienza ese periodo  
Que tanta grandeza tiene,

Y en que es tan fuerte Toledo,  
Ilustrado por Eurico,  
Teudis, Wamba, Amalarico,  
Leovigildo y Recaredo.

Pero en vano á ellos se acoge;  
El pueblo á quien tanto abona  
Deja caer su corona  
Y otro pueblo la recoge.

Miéntras, buscando una cueva,  
Los restos de aquel imperio  
Trepan con pena y misterio  
A las cumbres del Auseba.

Ya la ciudad es esclava  
Y deplora su fortuna,  
Y ostenta la media luna  
En su altísima *alcazaba*.

Y en el rio que la encierra  
Se abrazan con puro anhelo  
La media luna del cielo  
Y su hermana de la tierra.

Por la noche, confundidos  
Van del aire en los vaivenes  
Las risas de los harenas,  
Los ayes de los vencidos.

Pero la suerte otra vez  
Todo lo cambia en un hora  
Y la ciudadela mora  
Rinde á Cristo su altivez;

Y sus torres, ya cristianas,  
Con entusiasmo ferviente,  
Saludan al sol de Oriente  
Con la voz de sus campanas.

Pasa el tiempo; en su recinto  
Se crean y cambian leyes;  
Lucha el pueblo con los reyes  
Y aparece Cárlos quinto.

Surca el llanto la mejilla...  
Duda un punto el pensamiento....  
¿Quién ignora el fin sangriento  
De los fueros de Castilla?

Tras tremendo batallar  
Pierde el pueblo su grandeza  
Cuando rueda la cabeza  
De Padilla en Villalar.

Y despues, cuando en el trono  
Se alza Felipe segundo,  
Pierde el imperio del mundo  
Y desierta, en su abandono

Aislada, sombría y sola,  
Se vá Toledo arruinando,  
Cual se va desmoronando  
La pobre pátria española.

.....  
.....

Esta es Toledo la historia  
Que cual mágico conjuro  
Surge sobre un fondo oscuro  
De repente en mi memoria.

Desde entónces te creen muerta  
Cuando sólo estás dormida  
Y no ven que en tí la vida  
Nuevamente se despierta.

Hoy que te aprestas á honrar  
Despues de afanes prolijos  
Al más noble de tus hijos,  
Y alzas al génio un altar;

Hoy que te elevas del arte  
A las regiones serenas;  
Hoy que viene por tus venas  
Nueva sávia á fecundarte;

Dí, Toledo, á quien te humilla  
Con su lástima irrisoria,  
Que aun no ha acabado la historia  
De la perla de Castilla!

EUGENIO DE OLAVARRÍA.

## GOLPEAR AL AIRE.

### CRÓNICA DE LA QUINCENA.

¡Ya tenemos Teatro! Toledo debía este desagravio al sentido comun que habia quedado por los suelos desde que el golpe de la primer piqueta que echó abajo el antiguo Coliseo, correspondió con el de la primer carreta que aportaba materiales para la edificación de la Plaza de Toros. La ilustracion y la moralidad, que tambien se habian dado por resentidas, están ya satisfechas y reconciliadas con esta histórica ciudad.

Envío, desde estas columnas mi enhorabuena á cuantas personas han intervenido en conseguir este resultado y—ménos desmemoriado que alguien que no debía serlo tanto—no olvidaré en mi saludo á los Municipios anteriores y á los hijos de Toledo, que contribuyeron con su óbolo á la gran obra que ahora se inaugura. Todos ellos han llevado su piedra al edificio y han merecido bien de la ciudad, bien de las letras, y, perdonadme si insisto en esto, bien del sentido comun.

Todo era bulla y agitacion la víspera de la apertura. La gente andaba preocupada por las calles y sólo se hablaba de una cosa. La palabra billete no se caía ni un momento de la boca, como vulgarmente se dice. Con ella se saludaban las gentes, se la introducía en todas las conversaciones, y cuando se encontraban dos amigos, en vez de preguntarse, *¿cómo está V.?* se preguntaban: *¿Tiene V. billete?*

Y hubo cabildeos sin cuento, cuestiones sin fin, resentimientos sin número; se hicieron y se deshicieron amistades de muchos dias; los Concejales se desesperaban faltos de localidades para hacer frente á los pedidos que por todas partes les dirigian; las mujeres preparaban sus trajes, y los hombres se contaban cuchicheando y al oído la historia de un palco célebre, haciendo curiosísimos comentarios. Decíase que la fiesta iba á ser grande; que se esperaban de Madrid poetas laureados para cantar las glorias de Toledo y aportar una corona á la ignorada tumba del gran Rojas, y por fin..... amaneció el 19 de Octubre de 1878.

Desde las primeras horas de la mañana, el pueblo entero se reunía en todas las esquinas para leer una alocucion que á los Toledanos dirigió el Ayuntamiento, creyendo de su deber participar del comun júbilo y de la general satisfaccion.

Nada quiero decir sobre ella, porque comprendo hasta qué punto puede arrastrar el entusiasmo á una Corporacion popular. Seamos indulgentes para ciertas debilidades mitológicas y corramos un velo sobre la presente.

Grandes abusos ha cometido la Empresa en la funcion inaugural, pero esta vez, justo es decirlo en su descargo, no ha sido suya toda la culpa.

El colocar, como lo hizo, sillas entre las butacas, será muy productivo, pero es de muy mal efecto; y poco ajustado á la equidad poner á esta localidad *anfibia* el mismo precio que á la butaca. Se nos dirá que el público era muy dueño de no haber admitido esos asientos; pero, ¿es esta una razon para abusar de su curiosidad?

Además, en esta noche, todas las localidades tuvieron un aumento de precio que nada, en absoluto, justifica. La Empresa, obtenida la autorizacion superior, se lava en el asunto las manos, como Pilato.

Pero crucifica al justo.

— Y ya que hemos visto el Teatro por fuera, penetremos en su recinto.

En poco ha estado que no pueda EL ATENEO dar cuenta en su revista de tan grande solemnidad, porque no tuvo representación en ella, y sólo gracias á un íntimo amigo que le ha prestado sus notas tomadas á vuela pluma, puede corresponder á las exigencias del público.

El Teatro estaba completamente lleno; la sala—como diría un corresponsal de *La Correspondencia*—presentaba un aspecto deslumbrador. El nuevo Coliseo de Toledo es muy bonito; pero no está exento de graves faltas. Los palcos son muy reducidos; la voz se pierde en el inmenso escenario y hay momentos en que no llega á los oídos de los espectadores. Hay bastantes localidades desde las cuales no se ve la escena. El alumbrado sobre todo es muy escaso; las plateas están á oscuras y en el escenario reinan las tinieblas, que quitan mucho efecto á las decoraciones, y lo hacen comparable á esa *noche oscurísima de los tiempos*, en la cual se pierde el origen de todas las cosas.

El telon de boca, obra del célebre pintor escenógrafo Sr. Busato, es de un conjunto sorprendente; figura en primer término una representación en los primeros tiempos del Teatro; un poco más léjos dos hombres, al pié de San Juan de los Reyes, escriben y meditan sobre las glorias del pueblo en que sin duda han nacido; en el fondo y perfectamente detallados se distinguen la Catedral, el Alcázar y otros varios edificios de Toledo, agrupados artísticamente. El público saludó con entusiasmo á su autor, obligándole á que se presentase en escena á recibir sus plácemes por tan perfecta obra.

A propósito de ella, he oido contar una anédocta que revela que si el Sr. Busato maneja bien los pinceles del artista, no maneja peor la sátira del crítico.

Dícese que cuando el Ayuntamiento le devolvió aprobado el boceto de telon que habia presentado en el concurso, sin duda por inadvertencia ó descuido se puso el sello de la Corporacion municipal en mitad del dibujo, de tal manera que lo estropeaba completamente. Nada dijo el Sr. Busato, pero no lo echó en saco roto. Cuando, pocos días ántes de la inauguracion, llegó la cortina y fué desplegada á presencia de los Concejales, todos ellos dejaron escapar un grito de sorpresa: en la parte superior de ella y ocultando casi por completo la torre de la Catedral y el tejado de San Juan de los Reyes, veíase un sello elíptico, con caracteres azules que decían *Ayuntamiento Constitucional de Toledo*. Todos creían irreparable la falta por el poco tiempo que separaba este día del designado para la apertura, pero cuando más consternados se hallaban, levantóse el Sr. Busato, corrió á su magnífica obra y arrancó el sello, que pintado en un pedazo de percalina, estaba adosado al telon. Todo habia sido una pequeña venganza de artista.

Y volviendo á la inauguracion, púsose en escena, como saben todos mis lectores, el drama *García del Castañar*, una de las más hermosas perlas de nuestro antiguo repertorio y que autores de gran nota, reputan como el mejor del Teatro español.

No es este el lugar de hacer su juicio, ni estoy autorizado para ello. Los mejores críticos españoles y extranjeros lo han hecho ya, y han puesto este drama en el lugar que merece. Es la obra más perfecta de Rojas; y su autor, ya que no ha podido dejar á la posteridad noticias ciertas de su vida, la ha dejado noticias ciertas de su génio.

Terminada la representación del *García*, leyeron poesías en honor de Toledo y á la memoria de Rojas, las personas galantemente invitadas con este objeto, por la Empresa, que fueron los Sres. Cañete, Retes (padre é hijo), Echevarria, Herranz, Campo-Arana y Santibañez, de Madrid, y Márques de Medina, Bueno y Olavarria, de esta ciudad. Además se presentaron tambien en el palco escénico á leer sus composiciones los Sres. Francés, Aguila Mendoza y Montealegre. Todos ellos fueron muy aplaudidos, y despues de este acto y de coronar el busto del gran poeta que se encontraba en el centro del escenario, dió fin tan deliciosa velada, que es un verdadero acontecimiento literario en la historia de Toledo, con la representación de la pieza en un acto: *Una suegra como hay mil*.

El escollo que señalábamos en nuestro número anterior, respecto al repertorio de la compañía, ha salido á descubierto. Desde el día 19, el público ha visto morir sucesivamente en la escena al D. Mendo, del *García*; al Conde Lozano, del *Cid*; al Laurencio, de la *Muerte civil*; á la Juana, de *Locura ó santidad*, y se ha estremecido con los sufrimientos de Carlos, en *El esclavo de su culpa* y de Margarita, en *La Mendiga*. Y eso que ha dejado de haber funcion tres días....

Algunas de estas obras se han puesto en escena con mucho descuido, y la *mise en scene* ha dejado en ellas bastante que desear. Recuerdo sobre todo en el *Cid* una escena en que el protagonista habla de subir á caballo las rojas gradas del trono que tiene ante él: no hubiese sido ésto muy difícil porque las gradas se reducian á un sencillo almohadon de terciopelo; el trono habia servido de silla del Conde Lainez, y nadie al verla en el primer acto, hubiera adivinado el gran destino que le estaba reservado para el tercero.

Nada decimos, por hoy, de la compañía, ciñéndonos á felicitar á la Sra. Liron, inimitable en el *Pañuelo blanco*, en el *Cid* y en *La Mendiga*, y al Sr. Mata, á la altura siempre de su justa y merecida reputacion.

Y para terminar, apuntaré el siguiente conocido epigrama que me parece de oportunidad:

Un escritor cierto dia  
al alto Olimpo subió  
y desde arriba miró  
lo que en el mundo ocurría;  
Y viendo que el castellano  
por su cadencia especial  
se hablaba en Castilla mal,  
así, á lo liso y lo llano,  
Descendiendo diligente  
no sé si en globo ó wagon,  
lo habló con tal perfeccion  
que no le entendió la gente.

Aquí doy fin á mi tarea, reducida por hoy á hablar del nuevo *Templo consagrado al Númen de Delos*, única conversacion de la quincena.

Terpsicore, Melpómene y Talía  
Nos colme de placer y de alegría.

Yo.

TOLEDO, 1878.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE FANDO É HIJO,  
Comercio, 31 y Alcázar, 20.

# ANUNCIOS.

## OJEN.-ÚNICO LEGÍTIMO.

Existe una multitud de imitadores y falsificadores, que valiéndose intencionadamente de la palabra *Ojen* para acreditar sus aguardientes, intentan demostrar por este medio fraudulento, la legítima procedencia del citado artículo, siendo así que en la villa de *Ojen*, provincia de Málaga, no hay ni ha habido otra fábrica más que la de D. Pedro Morales y compañía, fábrica establecida hace cincuenta años y única en la que se elabora el excelente licor de que nos ocupamos, sin rival en este género de bebida, cuyo delicado sabor é higiénicas condiciones, son debidas no sólo á la pureza de los principios elementales que entran en su composición, sino también, y muy especialmente, al descubrimiento de un secreto de fabricación especial, conocido tan sólo por la familia Morales y vinculado en esta casa fabril.

Hacemos estas aclaraciones importantes á los muchos consumidores á fin de que sepan á qué atenerse, y no consigan extraviar la opinión pública los negociantes de mala fé, que ya de antiguo vienen intentándolo, aunque con muy escasos resultados.

Se vende en el almacén de Ultramarinos de Cándido García, Comercio, 10.--Toledo.

SOBRINOS DE TRIANA.

ALMACEN DE CURTIDOS.

Calle del Comercio, 12.

CRÍSPULO AVECILLA GRABADOR  
Y CINCELADOR.

Se hace toda clase de objetos de bisutería de hierro y acero damasquinado.

ZOCODOVER, 6.

ALMACEN DE GÉNEROS COLONIALES  
Y EXTRANJEROS

DE

BUENAVENTURA CUCHET Y HERM.º

Comercio, 52.

Acaban de recibirse grandes surtidos en toda clase de tegidos para la estación de invierno á precios sumamente arreglados.

ROS FOTÓGRAFO,  
CALLE DE BELEN.

Se hacen ampliaciones, reproducciones, pinturas y cualquiera otro trabajo que tenga relación con este arte.

ALGUACIL Y C.ª

Se expenden fotografías de los principales monumentos artísticos de España.

Cuatro Calles.

FÁBRICA DE PAPELES FINOS  
Y DE IMPRESION

DE LA

VIUDA É HIJOS DE BARRIO,

EN GÁRGOLES DE ARRIBA,

provincia de Guadalajara.

## EL ATENEO.

Esta REVISTA CIENTÍFICO-LITERARIA se publica los días 15 y 30 de cada mes, constando cada número de 16 páginas en folio á dos columnas.—Precio de suscripción, 10 rs. trimestre en toda España.—Se suscribe en Toledo en la librería de Fando é Hijo, Comercio, 31, y en la portería del Centro de Artistas é Industriales.

Se admiten anuncios á precios convencionales.